

MOVILIDAD SOCIAL
Y SOCIEDADES INDÍGENAS
DE NUEVA ESPAÑA:
LAS ELITES, SIGLOS XVI-XVIII

(ensayo)

Solange Alberro



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	13
I. Acercamiento a dos conceptos: el “indio” y la “pobreza”	21
Del “indio”	21
De la “pobreza”	26
II. ¿Elites indígenas?	49
Síntomas inequívocos: la burocracia indígena colonial como medio de medrar	51
III. El contexto de las primeras décadas	57
IV. Algunos problemas	65
Caciques, principales y gobernadores	72
V. La situación socioeconómica de las elites	79
Posesiones y riquezas.	79
Los placeres de la vida.	95
Nobles lectores	99
Y melómanos.	102
Otras gentes de cuenta.	108
Y pintores.	109
VI. La movilidad social en el universo religioso	115
El acceso a los estudios y al sacerdocio	117
Los poderes de los siervos de Dios.	124
Fundación de capellanías.	127
Monjas indias.	129
Los viajeros que encontraron a indios ricos.	134

VII. “Los de medio real”	139
Los comerciantes	145
VIII. Ministros de las sombras	149
Poder y poderes	157
Poderes oficiales y fácticos de los gobernantes indígenas	158
... y los poderes de “los otros...”	170
<i>Epílogo</i>	175
<i>Siglas y referencias</i>	183

PRÓLOGO

Una investigación anterior me permitió descubrir, no sin asombro, la existencia de cierta elite indígena en pleno siglo xviii.¹ Se trataba de un sacerdote tlaxcalteca, don Julián Cirilo de Castilla Aquinahual Cateuhle, quien solicitó a la Corona la fundación de un colegio destinado exclusivamente a muchachos indígenas. A su alrededor se juntó un grupo de caciques de Tlatelolco y Tenochtitlán, que hicieron suya esa solicitud y lo apoyaron durante los largos años que duró la diligencia.² Aquellos varones resultaron ser no sólo educados sino cultos, agudos y claros en sus escritos, capaces de argumentar y abogar a favor de su objetivo. Los argumentos —inspirados por los *corpus* legislativos españoles, la historia de España y de los países europeos— manifestaban un conocimiento de las principales publicaciones europeas, del estado en que se vivía y organizaba la Nueva España y de la política internacional del momento. El tono de sus escritos —si bien siempre respetuoso al dirigirse al monarca— dista mucho de reflejar la cortedad y timidez que suele atribuirse a “los indios” en general. Eran caciques, gobernadores, eclesiásticos tan o incluso más educados que la mayoría de los españoles peninsulares y criollos, conscientes de sus capacidades y de la importancia socioeconómica del sector mayoritario al que representaban, y cuyos derechos defendían con dignidad, habilidad y entereza. Surgieron así, tras años de estudios, algunos individuos totalmente distintos de los que las representaciones tradicionales y actuales nos suelen presentar de “los indios”. Pero, ¿cómo era posible que existieran personajes semejantes? ¿Dónde se habían formado, descubierto y asimilado los arcanos de la legislación peninsular, de la historia, las crónicas, la literatura y la situación política internacional?

¹ Alberro, “Los indios y los otros”, pp. 197-345.

² Margarita Menegus Bornemann publicó los documentos relativos a esta solicitud, en Menegus Bornemann, *La formación de un clero indígena*.

La *vulgata* que prevalece al menos desde la Revolución mexicana de 1910 sostiene que después del temprano naufragio del glorioso Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado por los primeros franciscanos, se había renunciado a educar a los indios al mismo nivel que a los españoles y que, con muy pocas excepciones, aquéllos se habían sumido en el anonimato de la miseria y de la ignorancia. Por tanto, al descubrir a estos insignes varones, llegué a la convicción de que si bien ellos eran sólo unos pocos a los que remiten los documentos, no dejaban de revelar la existencia de una verdadera elite dotada de una sólida educación, una amplia visión sociopolítica, proyectos particulares y, en el caso de los caciques, principales y gobernadores, de poderes de facto sobre sus comunidades y la sociedad novohispana.³

De hecho, en cuanto empecé a consultar la copiosa bibliografía relativa a la historia de las sociedades indígenas durante los siglos virreinales, encontré numerosos testimonios que se referían a personajes tales como caciques, gobernadores, principales, pero también a individuos de nivel inferior que ejercían algún cargo comunitario, quienes presentaban, si no todas, al menos ciertas características de personas educadas e informadas. Es más, casi todos los historiadores de las sociedades indígenas coloniales, entre ellos los pioneros Pedro Carrasco, Charles Gibson, James Lockhart, Nadine Beligand para los nahuas y los pueblos del México central, William Taylor para la región de Oaxaca, entre otros, y luego sus numerosos sucesores y estudiosos contemporáneos señalan constantemente la existencia de individuos o grupos de individuos que, en un momento dado o durante algunos periodos, ejercieron poderes e influencia en sus comunidades, los que pudieron variar, surgir, declinar o incluso desaparecer.⁴ Esos autores describieron y siguen describiendo en los numerosos trabajos sobre periodos y regiones particulares que salen a la luz actualmente, los bienes y riquezas de esas elites, su estatus oficial en el seno de la comunidad, e incluso, en no pocos casos, su modo de vida. Toda esta información confirma la existencia indis-

³ Véase, en particular, el excelente capítulo "*Social Differentiation* 'el apartado'. Nobles, Lords and Rulers", en Lockhart, *The Nahuas after the Conquest*, pp. 102-110.

⁴ Señalaré oportunamente a los autores que en la actualidad añaden preciosas informaciones sobre este tema.

cutible de una categoría o un sector social superior al de los indios del común, los *macebuales*,⁵ o sea, una elite. Por tanto, vemos que los estudiosos del mundo indígena colonial reconocen la existencia, en cada momento y en cada grupo, de una diferenciación social que suponía naturalmente la presencia de un sector superior a la mayoría de los indios, es decir, un grupo privilegiado, tal como se define comúnmente: una minoría selecta investida de características y poderes superiores al resto del grupo social o étnico al que pertenece. Sin embargo, con muy pocas excepciones, no se ha otorgado el interés suficiente para estudiar a estas personas y dedicarles investigaciones particulares.⁶ En efecto, la visión más difundida y compartida es la de un mundo indígena uniforme, igualitario y solidario en la miseria; y esto, a menudo, sigue impidiendo el reconocimiento de sectores sociales diferenciados.

Las razones por las que esta visión reductiva se sigue imponiendo son sin duda varias. Con el riesgo de quedar muy corta, ya que existen varias causas susceptibles de explicar esta situación, me atrevo a sugerir entre ellas dos posibles. La primera está relacionada con la percepción general que se tiene del mundo indígena —que acabo de mencionar—, que lo considera como algo monolítico, indiferenciado, estático. Según esta óptica, consumada la Conquista, aquel mundo quedó diezmado por las guerras y luego por las olas de epidemias, mientras sus estructuras y fundamentos religiosos, sociales y políticos eran sistemáticamente aniquilados por los vencedores o se derrumbaban naturalmente ante los trastornos devastadores de la Conquista y la colonización. Muchos de los nobles, en efecto, que habían sido los agentes rectores de las sociedades prehispánicas y que lograron sobrevivir a estas situaciones, fueron perdiendo sus bienes, sus poderes y su estatuto; algunos tempranamente, otros más tarde. Todos los historiadores reconocen que la aristocracia de origen prehispánico se vio en general despojada de sus tierras, privilegios y poder a partir de mediados del siglo xvi, aunque con ritmos, temporalidades y modalidades variables, según las regiones y las etnias.

⁵ El término náhuatl *macebuali*, *macebualtin* se ha hispanizado en macehual/es.

⁶ Lo hicieron en particular Fernández de Recas, con el clásico *Cacicazgos y nobiliario indígena de la Nueva España*; Pérez-Rocha y Tena, *La nobleza indígena del centro de México*; y, Sanchiz Ruiz, “La nobleza titulada en la Nueva España”.

Sin embargo, no sólo la situación difirió según las regiones, sino que además tenemos que matizar esta apreciación.⁷ El razonamiento que se deriva de estas observaciones es entonces el siguiente: se presume —inconscientemente tal vez y por razones que atañen en parte a la antropología histórica tradicional del mundo occidental— que las sociedades indígenas son estáticas y que quedaron éstas, por otra parte, dramáticamente afectadas por la Conquista y sus consecuencias. Se les niega implícitamente la posibilidad, capacidad o voluntad de superarlas y luego de evolucionar, lo que se le reconoce, empero, a cualquier otra sociedad europea de la época. En otras palabras, se postula que, aniquilados por las guerras y las epidemias, venidos a menos o *macebualizados* los indios nobles —reducidos a la condición de los indios del común—, destruidos los antiguos lazos y equilibrios políticos y socioeconómicos que ellos sostenían, los pueblos indios en general se quedaron huérfanos de elites y enteramente sumidos en las ruinas de lo que había sido su mundo, quedando ahora sometidos al nuevo orden impuesto por los vencedores. Este prejuicio, según veremos, es totalmente contrario a la realidad.

La segunda razón está directamente relacionada con nuestra época, concretamente con el descrédito y siguiente desaparición del mundo político, sociológico y académico de la noción de “clase” social nacida con la historiografía decimonónica, el materialismo histórico retomado y desarrollado por el marxismo. Esta noción que, sin embargo, había prevalecido durante más de un siglo en las ciencias sociales y hasta originado importantes investigaciones históricas, se derrumbó junto con el Muro de Berlín, pero desgraciadamente, fue sustituida por una noción mucho más peligrosa: la de “raza”, que aparece con frecuencia en los trabajos históricos de no pocos colegas estadounidenses, pese a sus temibles implicaciones en el siglo xx y a su carencia total de pertinencia científica.⁸ Por tanto, actualmente, “los indios” son vistos como un

⁷ En particular, a partir del trabajo de Gamboa Mendoza, *El cacicazgo muisca en los años posteriores a la Conquista*.

⁸ Es significativo que en la actualidad los términos “clases” y más aún la noción de “lucha de clases” hayan desaparecido de los trabajos históricos y de las tesis. A lo más, se encuentra la expresión “sector social”. Uno de los pocos historiadores que se atreven todavía —en 1998, o sea, pocos años después de la caída del Muro de Berlín— a emplear el término “clase” es John Chance, quien, en su